

Capítulo 34 - La Princesa y el Rey - La balada de un Dragón semi- benigno

- Capítulo 34 - La Princesa y el Rey - La balada de un Dragón semi-benigno

Capítulo 34 - La Princesa y el Rey - La balada de un Dragón semi-benigno

Harald miró desde lo alto los vastos campos llenos de cosechas abundantes y sintió un profundo remolino de emociones en su pecho. Los enanos eran famosos por su riqueza, por las fortunas que extraían de la tierra. Oro, plata, joyas y innumerables materiales raros y exóticos se acumulaban en los grandes tesoros de los enanos. Y sin embargo, gran parte de esa riqueza se destinaba a la alimentación. Porque los enanos no eran elfos. Aunque la roca y la piedra siempre se habían sometido a su voluntad, lo mismo no se podía decir de las cosechas. Manos capaces de crear las joyas más maravillosas o las armas más poderosas parecían incapaces de extraer vida de la tierra. Parte de ello era simplemente la naturaleza de su dominio. Los enanos prosperaban en cavernas profundas o en montañas elevadas. Estos lugares no eran propicios para las cosechas. Ya fuera por los vientos desgarradores y el frío intenso, que los mataban antes de crecer, o por los interiores iluminados por antorchas y la fría luz mágica que los hacía marchitar lejos de la cálida luz del sol. Ciertamente es que los enanos, en ocasiones, cortaban terrazas en las laderas de las montañas y colocaban pilares para sostener magia que calentara el aire y protegiera del viento. Sin embargo, esas terrazas rara vez duraban mucho. El frío era implacable y el viento parecía azuzar con más ferocidad, como si insultara sus intentos de conquistarlo. Peor aún, monstruos atraídos por esas terrazas, bestias viles que sabían que los enanos acudirían a defenderlas, se acercaban. Sin la montaña para protegerlos, tales enanos eran presa fácil. Los pocos enanos dotados de magia para hacer crecer cultivos eran honrados y valorados por encima de casi todos, conforme a un alto linaje y con la elección de pareja, todo en un esfuerzo por aumentar su número. Pero incluso en el reino de su hermano, no había más de media docena de estos enanos. Esa magia, con frecuencia, saltaba de generación en generación o simplemente se desvanecía, para no volver a aparecer. Los intentos de reclutar forasteros fallaban, bien por las demandas extorsionistas que imponían o, más comúnmente, por la incapacidad de otros de vivir como los enanos, en salas de piedra en las montañas o bajo tierra. Y así, su pueblo, los nobles firmes bajo la tierra y dentro de las montañas, tendrían que intercambiar sus tesoros por aquello que otros daban por sentado. Había visto los campos donde cultivaban humanos, elfos y otros. Cuando era joven, maravillaba con las cabezas de grano, pesadas con trigo dorado. Aún recuerda la primera vez que vio un manzano. El anciano humano que lo poseía quedó tan impresionado por su asombro que arrancó una manzana y se la entregó a Harald. Él, un príncipe enano, se emocionó casi hasta las lágrimas por algo tan simple. Porque aquellas manzanas no habían sido tan frescas ni tan generosas al ser entregadas. En cambio, estaban cuidadosamente preservadas para sobrevivir al largo viaje desde los campos hasta las Montañas Garra del Cielo, y cada manzana era costosa, un lujo escaso para cualquier enano normal, y no algo que incluso un príncipe pudiera disfrutar todos los días. Sus famosas

bebidas enanas eran tan caras porque los enanos mismos pagaban grandes sumas por el grano para fabricarlas, y siempre había un equilibrio que conservar. Cualquier alimento usado para destilar licor no era consumido, y en años de escasez, esa indulgencia simplemente no era alcanzable. Harald aún podía saborear esa manzana en ocasiones. Pero el sabor se tornaba amargo al pensar en los tiempos de penuria, cuando los que vendían la comida subían los precios o reducía la oferta. Los enanos se quejaban y a veces fingían estar listos para la guerra, pero todos sabían qué pasaría en realidad. Al final, serían ellos quienes pagarían, y ¿por qué no? Los tesoros de la tierra eran para tomarlos. Sin embargo, en los años difíciles, cuando la comida debía ser racionada, Harald a veces se preguntaba si los verdaderos tesoros no eran los de la tierra, sino los de los campos. Porque, ¿de qué servía el oro si su estómago estaba vacío y su gente moría de hambre? Uno de los recuerdos más vívidos de Harald era el furioso reclamo de su hermano cuando recibió un mensaje de los humanos de quienes compraban gran parte de su comida. Había estallado una guerra entre ellos, y algún tonto había decidido quemar los campos para impedirle recursos al enemigo. ¿Quemar los campos? Inconcebible. Ningún enano se atrevería, y quienes lo hicieran serían abatidos por sus propios compañeros por su locura. Pero para los humanos, cuyas tierras a menudo estaban llenas de productos, parecía una decisión sencilla. Y sin embargo, aquellos campos quemados significarían que los enanos tendrían que pagar aún más por la comida, si es que lograban encontrar suficiente para comprar. Doomwing le prometió a Harald que sus tierras eran ricas, y cumplió esa promesa. Pero también habló de la abundancia que sus tierras podrían producir, y Harald no supo qué pensar. Cuando pasaron por allí antes, había algunos cultivos, pero también señales evidentes de batallas. Ahora, esos mismos campos estaban rebosando de todos los tipos de cosechas. Grandes extensiones de granos y verduras, junto con huertos de frutas. ¿Cómo había sido posible que esto sucediera tan rápido? Entonces Harald recordó a la hada de los árboles. Debe ser ella quien lo hizo. Nunca había hablado con una antes. Si las historias eran ciertas, tenían poco cariño por los enanos y preferían mucho la compañía de los elfos. Sin embargo, Doomwing tenía una hada en su servicio, y a menos que Harald estuviera equivocado, su árbol había crecido casi al doble de tamaño. "Te prometí que tu gente podría comer hasta saciarse," dijo Corundum. La doblegadora estaba a su lado. Doomwing mismo había ido al este para inspeccionar otros pueblos y atender unos asuntos menores. "Sí," afirmó Harald. "Lo hiciste. Pero, ¿a qué costo tendremos que enfrentarnos por esto?" "Hablas como si tú y estas personas no estuvieran ambos comprometidos conmigo," respondió Corundum. "Sé muy bien las dificultades de los enanos en este asunto. Es así desde la Primera Edad. Pero nunca debes temer que tu pueblo sea explotado, sobrecargado o olvidado. Humano o enano, lo único que importa es que están unidos a mí." Harald asintió lentamente. "Cuando bajemos allí," susurró, "¿Puedo visitar los campos?" "Por supuesto. Solo te pido que tú y tus enanos ayuden a estas personas, como ellos te ayudarán a ti. Son buenos agricultores, y hay quienes saben cazar o fabricar, pero ninguno iguala las habilidades de tu gente. Necesitan mejores casas, mejores instalaciones y mejores caminos." "Nosotros haremos esas cosas por ellos," dijo Harald. "Si comparten los frutos de su trabajo con nosotros." "Y lo harán." Corundum observó los campos rebosantes de cosechas. "Los dragones fueron creados para vivir solos, con lo que pudieran tomar con sus dientes, garras y fuego. Pero los enanos y los humanos no son dragones. Ustedes son más fuertes juntos que separados. La debilidad de uno puede ser la fortaleza del otro, y así, la prosperidad se logra más fácilmente cuando todos luchan en unión." La boca de la doblegadora se curvó en una sonrisa. "Y hasta los propios dragones, aquellos que los Primeros Dioses crearon con la fuerza de permanecer solos, buscan compañía de vez en cuando."

Harald sintió la tentación de dirigirse directamente a los campos, y sabía que sus compañeros enanos compartían casi la misma inclinación. Así como un humano típico se sentiría atraído por las gemas brillantes y los metales que los enanos extraían de la tierra, cosas que jamás habían visto antes, de igual forma los enanos estaban seducidos por los campos que ellos mismos nunca podrían cultivar. Pero, ante todo, Harald debía encontrarse con la princesa. Hasta ese momento, no se habían hablado realmente, y si ella iba a acompañarlos al torneo, sería una descortés omisión no buscarla primero. Esperaba la nobleza habitual de los humanos. Sin embargo, lo que encontró fue otra cosa. En lugar de eso, la princesa avanzó, con una fiereza que superaba a cualquiera de los lobos que la acompañaban, aunque cada uno de ellos era más grande que cualquier enano. Su cabello era negro y sus ojos, de un profundo violeta. A ojos de cualquiera, podía considerarse hermosa, pero era su porte lo que capturaba la atención y la mantenía fija. La princesa no vestía ropajes ostentosos; en cambio, sólo llevaba una túnica sencilla y unos pantalones, ambos manchados de barro. Más barro se aferraba a su rostro y goteaba de su cabello, pero ninguna persona habría osado burlarse de ello. La princesa se movía con una gracia casi sobrenatural, suave y ligera, sin hacer el menor sonido al aproximarse con una elegancia depredadora. Harald sintió que le recordaba a aquel tigre de colmillos largos y feroces que había enfrentado en las montañas. Él era entonces un joven enano, en sólo su segundo gran caza. Por accidente, se topó con esa bestia, que le lanzó una mirada fija, con dientes teñidos de rojo por la sangre de una presa reciente, abierta en la pendiente frente a ella. Durante un largo, larguísimo momento, Harald temió incluso respirar, pues el tigre era enorme, quizás tres veces el tamaño de los leones que patrullaban la sabana más allá de las montañas. Con el tigre tan cerca y sus compañeros tan lejos—qué tonto e ingenuo había sido al avanzar corriendo—el tigre sólo necesitaría un parpadeo para acortar la distancia, y Harald sabía, como cualquier enano, qué harían esos dientes sobre una armadura enana resistente. Pero el tigre simplemente lo miró y luego se apartó, volviendo a su comida. No lo vio como una amenaza, y estaba más preocupado en llenarse el estómago. Harald se retiró y advirtió a sus compañeros sobre el peligro. Con sabiduría, evitaron aquella zona, y todos permanecieron alerta aquel día, la tensión abandonándolos sólo cuando estaban de nuevo dentro de las montañas, lejos de las ventiscas de nieve y las agujas que podían ocultar con facilidad una sombra felina de pelaje blanco, dientes como dagas y garras como cuchillos. La princesa le recordaba a ese tigre mientras avanzaba hacia él y sus acompañantes. No había hostilidad en su mirada, ni señales evidentes de agresión, pero cada instinto afinado en su larga existencia le gritaba que tuviera cuidado, que si ella quisiera, podía luchar contra él y todos sus amigos y salir vencedora. Su mirada violeta parecía casi perpleja ante su reacción, como si no entendiera por qué él se mostraba tan cauteloso. ¿Realmente no conocía su propia fuerza? ¿Qué infiernos de entrenamiento y qué terribles enemigos había enfrentado para no percibir el peligro que irradiaba? Sus ojos brillaban con algo—quizá diversión—y una sonrisa se dibujó en sus labios. Le tomó un instante comprender por qué eso le resultaba tan inquietante. Le recordaba a Doomwing, y a cómo el dragón a veces sonreía cuando intentaba parecer inofensivo—una ingenua farsa para alguien tan poderoso como él. "Bienvenida," dijo la princesa. "Rey Harald. Es un honor conocerte. Soy la princesa Antaria." "El honor es mío," respondió Harald. La miró más allá, hacia los lobos que la seguían. "Veo que has traído escolta." La princesa suspiró. "Disculpa si te recibo en estas condiciones. Uno de estos pequeñuelos pensó que sería divertido saltar en un charco de barro que estaba junto a mí." Sus ojos se estrecharon acusando al lobo en cuestión. "Ten la seguridad, que ya le han aplicado su correcto castigo." "¿Pequeñuelos?" preguntó Harald. "Ah, sí. Son cachorros de lobo." Antaria señaló detrás de ella. "Su madre está allí. Es mucho mayor." "... " Harald parpadeó. "¿Qué tan grande?" "¿Quizá del tamaño de una casa? Es difícil de asegurar. Me he acostumbrado a

ella." Un lobo—aparentemente un cachorro—saltó hacia ella, y Antaria suspiró de nuevo, dejando que trepara a su espalda. "No te dejes engañar por su aspecto. Son unos flojos. Si pudieran, harían que los cargara a todas partes, sin quejarse." "¿De verdad?" Harald no era ajeno a la facilidad con que Antaria llevaba el lobo en su espalda, ni al modo despreocupado con que lo apartaba y espantaba. Cuando el cachorro saltó sobre ella, lo hizo con tanta fuerza que podría haber abollado su armadura. Sin embargo, ella apenas lo notó. "Muchos monstruos son así. Sólo hay que hacerles ver quién manda, y se acatarán." Ella inclinó la cabeza. "Por cierto... ¿quién es ese?" "Soy Corundum," dijo la doble. "Y tomaré el relevo del constructo que Doomwing dejó contigo. Debido a cómo fui creado, podré realizar mucho más." "Oh." Antaria lo observó fijamente. "¿Crees que puedas esperar hasta después del torneo? Sé que este tipo es sólo una extensión de la voluntad de Doomwing, pero ha sido él quien me ha estado enseñando. Sería una lástima que no pudiera verlo." Corundum pensó por un momento. "Muy bien. Me quedaré aquí mientras el constructo te acompaña al torneo. Sin embargo, una vez finalizado, asumiré sus funciones." "¿Qué le pasará?" preguntó Antaria. "Simplemente se desintegrará en polvo," explicó Corundum. "Es una marioneta, nada más; una extensión directa de la voluntad de Doomwing. Yo soy un doble especial, y por eso puedo actuar de manera mucho más independiente sin sobrecargar innecesariamente a Doomwing." Mostró los dientes. "Poseo los recuerdos de Doomwing, así que no debes preocuparte por lapsos en los estándares de entrenamiento." Antaria le sonrió. "Casi pensaba que empezabas a tomarte las cosas con calma conmigo." Miró hacia Harald. "Entonces... ¿te gustaría conocer a Daphne? He notado que has estado mirando los campos todo este tiempo, y ella ha trabajado mucho para que estén en óptimas condiciones." "Sí," dijo Harald. "Me gustaría mucho."

Antaria mantuvo un ojo atento en Harald mientras el rey y sus compañeros enanos atravesaban los campos. Resultaba casi divertido ver a un grupo de enanos que podrían haber comprado esas tierras docenas de veces maravillarse ante algo tan simple como el trigo, pero su alegría se disipó cuando Corundum le explicó el significado. "Es agradable ver que alguien valore lo que hago," dijo Daphne. Los enanos le habían prodigado elogios, quizás sorprendidos por su actitud amistosa hacia ellos. "¿Hey, yo también muestro mucho agradecimiento," replicó Antaria. "Agradezco antes y después de cada comida, sabes." "Eso lo haces," dijo Daphne. "Pero no me miras como ellos lo hacen." Antaria se echó a reír. "Eso es porque en mi reino cultivamos abundantes cosechas. Sí, a veces tenemos que importar, pero los enanos, según dijo Corundum, apenas producen nada." Hizo una pausa. "Creo que algunos incluso lloraron cuando les ofreciste fruta de tu árbol." Algunos animales no estaban felices con eso, pero Daphne insistió. "Si van a trabajar con nosotros en adelante como parte del imperio de Doomwing, hay que darles la bienvenida," afirmó Daphne. "Cierto." Corundum asintió. "Fruta de un árbol de driada se considera un acto de amistad. Los enanos lo recordarán mucho después de este día y pensarán con cariño en ti por ello." Volvió su atención a Antaria. "Espero que entiendas lo que espero de ti en el torneo." "Básicamente, sorprender y deslumbrar, ¿verdad? Si vamos a reclutar gente, necesito dejarles claro que unirse a nosotros es una buena idea. ¿Y qué mejor forma que aplastar a los demás, no?" "Verás," dijo Daphne, "No creo que fueras tan despiadada cuando nos conocimos por primera vez. Creo que Doomwing te está influyendo." Antaria se encogió de hombros. "Para mí, quizás mi padre no fue un gobernante tan horrible si alguien le hubiera pegado unos buenos golpes antes. Además, entreno hasta colapsar casi todos los días. Por fin tendré la oportunidad de ver cómo me comparo con otros." Daphne suspiró. "Realmente no sabes, ¿verdad?" "¿Qué no sé?" La driada intercambió una mirada con la doppelgänger, y Antaria bufó. "De todos modos, el torneo no se supone que implique matar a la gente, así que tendré que ser cuidadosa." "Sí. Imagino que usar toda tu fuerza contra la mayoría de tus oponentes sería imprudente. Sin embargo, tu tío me ha informado de varias...

personas problemáticas que participarán en el torneo." "¿Ah?" Antaria sonrió al ver que Filch, la mofeta que caminaba por su sombra y también los árboles, trepaba a su cabeza. Pero su sonrisa se desvaneció cuando empezó a comer nueces. "Oye, no comas en mi cabeza." Ella lo levantó y lo abrazó. "Vas a dejar migas en mi cabello." La mofeta se rió y se hundió en su sombra... antes de reaparecer en su cabeza. "Ahora, simplemente estás siendo molesta." "Tu tío anunció tu participación en el torneo a petición mía. Ambos creemos que esas personas problemáticas intentarán asesinarte." "¿Ah?" Eso quizás le habría molestado antes, pero ya no. "Entonces, puedo simplemente... exterminarlos, ¿verdad?" "Sí. Destrozarlos de modo que nunca más intenten volver a intentarlo." Los ojos de Corundum ardieron. "Enfrentarlos no solo eliminará enemigos, sino que también asegurará que tu tío mantenga su poder como ruler. Si acaso, sus enemigos estarán mucho más empeñados en mantenerlo en el trono... a menos que tú lo reemplaces y empieces a eliminarlos a todos." "Quizá, en realidad, podríamos matarlos a todos de una vez, ¿no?" preguntó Antaria. "Aunque supongo que eso sería un poco sanguinario. Pero tú ya advertiste a la gente cuando pusiste a mi tío al mando." "Es mejor dejarlos planear un tiempo. Permitiremos que enganchen a los tontos y desleales en su traición — y luego los destruiremos, los arrancaremos de raíz y ramaje. Eso será más fácil y eficiente que realizar una limpieza cada pocos años." "A veces, ustedes dos dan miedo," comentó Daphne con tono burlón. "Pero puedo entender su postura. De todos modos, sería conveniente que le entregaras las cosas a Antaria." "¿Las cosas?" Los ojos de Antaria brillaron. "¿Es que por fin voy a tener equipo decente?" "Sería una mala impresión que fueras con tu aspecto actual. Harald no le presta atención, porque es un guerrero. Para él, las apariencias importan poco, solo la habilidad. Pero otros no son tan sabios. Necesitarás impresionarlos con algo más que tus capacidades." "Por favor, dime que puedo conseguir una espada mágica que pueda atravesar las nubes o algo así. ¿Y qué hay de armadura mágica que pueda absorber magia y hacerme más fuerte? ¿O botas que me permitan volar?" Antaria hizo una pausa. "Espera... ¿existen esas cosas?" "Por supuesto que sí." Corundum rio. "El Primer Rey Supremo de los elfos poseía una espada llamada Rayo del Cielo. En sus manos, podía partir las nubes desde el suelo. Sobre la armadura, el primer Rey Supremo de los enanos tenía algo parecido, aunque tenía límites en la cantidad y tipo de magia que podía absorber. Y respecto a las botas, hay hechizos que las pueden hacer realidad. Pero no recibirás nada de eso. Los que dependen de equipamiento excesivamente poderoso tienden a estancarse o incluso a retroceder. Usan su equipo como muleta en lugar de perfeccionar sus habilidades. En cambio, quienes tienen equipamiento deficiente a menudo se ven obstaculizados por él y pueden estar mejor sin él. Lo ideal, especialmente para alguien como tú que todavía crece en poder y destreza, es un equipo que no te limite demasiado, pero que tampoco haga por ti demasiado." Antaria hizo una mueca. "¿Entonces... nada de cosas mágicas con poderes increíbles?" "No." Corundum hizo un gesto. "Pero piénsalo como una suerte. Yo mismo crearé la mayor parte de ello por ti." "¿Cuándo?" "En este mismo momento. Para un equipo de este nivel, soy más que suficiente." Una luz se acumuló ante Corundum, y Antaria retrocedió un paso mientras una magia que superaba su comprensión tomaba forma. Cuando la luz se disipó, varias prendas aparecieron. Eran sencillas en diseño, principalmente túnicas y pantalones, pero de calidad indudable. La tela era de un verde intenso, adornada con detalles dorados en algunos bordes. "Elerion fue hijo de un campesino," explicó Corundum. "Por eso tomó el verde y el oro como sus colores: el color de las hojas sanas y el trigo maduro. Sus hijos también eligieron sus propios colores, pero dado que tu obstinación y tus ocasionales imprudencias me recuerdan a él, creo que es apropiado que tú también los uses." "¿Qué hace esa tela?" preguntó Antaria. Se abstuvo de tocar la ropa, pues sus manos estaban cubiertas con una fina capa de polvo de su entrenamiento más reciente. "La tela está basada en la seda que producen los habitantes de las arañas, que se encuentran en ciertos lugares. Por eso es

resistente a cortes y perforaciones. Pero a diferencia de su seda, también soporta el fuego. Lo más importante es que está diseñada para canalizar magia. Verás que puede fortalecerse tanto como tú seas capaz de hacer." "Espera..." Los ojos de Antaria brillaron. "¿Me estás diciendo que si uso un rune básico o menor de durabilidad en esa ropa, podrán soportarlo?" "Exactamente. No quiero hacer tu victoria inevitable simplemente vistiéndote con magia poderosa. Es tu propia magia la que determinará la resistencia de esa ropa. Considéralo como entrenamiento adicional, porque ya deberías poder mantener casi indefinidamente un rune básico de durabilidad. Pero incluso sin esa mejora, será difícil que cualquier arma normal la dañe o que magia menor la afecte demasiado. Sin embargo, si dependes demasiado de esas propiedades innatas..." "Lo entiendo. Entiendo. Entrenamiento más duro, otro pozo de monstruos, esas cosas." "Daphne," dijo Corundum, "Entrégale lo que discutimos." "¿Qué?" Los ojos de Antaria brillaron entusiasmados. "¿También me vas a dar algo?" La driada asintió y le entregó una espada de madera. "Aquí." "¿Una espada de madera? Eso... genial. Solo la mejoro y... espera." Sus ojos se estrecharon con duda, y sus sentidos mágicos captaron la hoja. "¿Eso no es una simple rama, verdad?" "No. Está hecha de una de mis ramas," dijo Daphne. "Y no te preocupes, no he cortado ninguna. Puedo hacer que caiga una cuando quiera." "La madera de driada tiene propiedades especiales. Esa espada será como la ropa: sencilla a simple vista, pero capaz de canalizar y sostener más magia de lo que una pieza normal de madera o metal podría sin romperse, además de ser duradera y afilada." "Increíble." Antaria ya imaginaba la destrucción que podría causar. Claro, sería genial tener un arma invencible, pero entendía la lección que Doomwing quería enseñarle. Al darle armadura y armas que solo fueran tan fuertes como ella misma, le estaba empujando a usar lo que había aprendido en lugar de confiar en lo que le daban. Además, era mejor así. Si iba a derrotar a la gente, quería hacerlo con su propia fuerza, no con poder prestado. "¿Vamos a partir mañana, verdad?" "Sí." "Entonces, invitémos a los enanos a compartir una comida con los aldeanos. Trabajaremos juntos a partir de ahora, así que es buena idea conocernos un poco mejor."